



Desafíos y aportes que la interculturalidad plantea a la Congregación¹ Misioneras Dominicas del Rosario

1. Etapa de la identidad (hasta 1944)

La Congregación surgió a inicios del siglo XIX (1918) con una identidad misionera muy definida y fue este carisma el que marcó significativamente el proyecto de evangelización que implementarían nuestros Fundadores. El primer grupo de Hermanas que llegó a Maldonado estaban animadas por un carisma misionero, generador de actitudes de aceptación y reconocimiento de las personas más pobres y excluidas de aquella región de la amazonía peruana. Esta acogida incluía también la realidad cultural que integraba y daba un sentido a todas las dimensiones de la vida de aquel pueblo, en relación con Dios, con la naturaleza, con los semejantes y con ellos mismos. Cuando abrazan con ternura a la primera “chunchita” que llega al internado, o cuando disponibilizan la propia cama para que una mujer pobre pueda reponerse de su deteriorada salud o cuando asumen la educación de las niñas y mujeres machiguengas, están apostando por un reconocimiento de su dignidad, de sus valores, posibilidades y de su futuro en medio de la sociedad que formaban. Acogieron las mismas condiciones de vida que ellas tenían para crear cercanía y amistad, para darles confianza en ellas mismas, en su valor como hijas de Dios.

No les era extraña la importancia dada por Mons. Zubiaeta al conocimiento de su lengua -para lo cual elaboró un diccionario- como medio de un conocimiento más profundo de su vida y su manera de entenderla, para descubrir las “semillas del Verbo” presentes en sus ritos, usos y costumbres, en las normas de conducta, que podrían ser fundamento para un proyecto evangelizador que deseaba ser respetuoso con su propia manera de ser. Ya en los primeros años de la historia de la Congregación, superada la propuesta de limitar el carisma misionero al Vicariato, las comunidades se multiplican en varias ciudades del Perú, en Centroamérica, España, Portugal y China. Esta última fundación por las circunstancias y características del país, totalmente diferente de la realidad conocida, tuvo un significado muy especial. En todas estas fundaciones se van fortaleciendo las actitudes que animaron a la primera comunidad de Hermanas en Maldonado. La actitud de cercanía y sencillez fundamentaron una acción educativa o sanitaria que deseaba responder a sus necesidades desde la valoración de cada una de las personas y de la cultura que vivían.

2. Etapa de la expansión (hasta 1968)

Durante este periodo de tiempo se vivió en la Congregación una vitalidad y dinamismo muy grande. Se abrieron comunidades en 12 países situados en los cinco continentes. Solamente entre los años 1952-1954 se hicieron fundaciones en 8 países (Congo, Taiwán, Filipinas, Timor, Puerto Rico, India, Chile y Angola) dispersos en tres continentes. Antes y después de esta fecha, pero dentro del mismo periodo, se establecieron comunidades en Bolivia (1943) y República Dominicana (1947), Mozambique (1958), Ecuador (1961)... También es necesario mencionar el esfuerzo de tantas hermanas por estudiar las lenguas locales y a partir de ellas las respectivas culturas, como mediación necesaria para la comunicación, el conocimiento mutuo y el apostolado, especialmente cuando se trataba de las misiones de África de expresión francesa. También se vivió en la Congregación el noviciado y juniorado internacional en los cuales participaban hermanas de los diferentes continentes pero dentro de esta perspectiva que era común dominante en la vida religiosa de la época en la cual predominaba la cultura de la mayoría, que era la del país de origen de los Fundadores.

3. Etapa de la universalidad (hasta 2004)

Dentro de la Iglesia esta época histórica está marcada por su referencia al Concilio Vaticano II, ya sea en la etapa anterior o posterior a este gran acontecimiento. La realización del Concilio fue de vital importancia para toda la Iglesia porque “al abrir la ventana para que entrase el aire fresco del Espíritu” -como diría Juan XXIII- todos los sectores eclesiásticos se sintieron desafiados a una transformación profunda. La vida religiosa inició así un proceso profundo de renovación o de “vuelta a los orígenes”. Como fruto de este proceso de fidelidad al carisma y a la realidad histórica se sintió la exigencia y necesidad de la inserción de las comunidades religiosas entre los más pobres (ésta había sido la práctica de la mayoría de los Fundadores y Fundadoras). Posteriormente la inserción se enriqueció con la dimensión de la inculturación a través de la cual se daba un salto cualitativo en el reconocimiento, acogida, respeto y valoración de los valores culturales y a la identidad

de los diferentes. A nivel de Congregación hubo una gran sintonía con la propuesta y el contenido de la inculturación, que confirmaba y animaba una acción que por intuición originaria de nuestro carisma, ya era práctica concreta de las hermanas en muchos lugares de misión. Los Capítulos Generales fueron integrando y profundizando el significado y las exigencias de la inculturación en nuestra presencia en pueblos y culturas diferentes. Vamos a comprobarlo en los documentos de los últimos Capítulos Generales.

Capítulo General de 1991

En el Plan General de Trabajo, en la segunda parte que trata de los Proyectos, se indica el objetivo general relacionado con el carisma, de esta forma: “asumir opciones concretas de mayor inserción-inculturación desde las exigencias de nuestro carisma”. Igualmente se hace referencia en el proyecto de fraternidad-misión: “lograr que nuestra vida fraterna incentive la misión y que nuestra inculturación plenifique la fraternidad, haciendo visible el acontecimiento salvífico de Cristo entre los pobres”. En el ámbito de la Formación se indica: “proporcionar una adecuada preparación a las Hermanas formadoras para lograr equipos estables e integrados con sensibilidad hacia las urgencias de la inculturación, que las capacite para recibir y acompañar a las jóvenes desde sus realidades culturales.”

Capítulo General de 1996

En el Plan General de Trabajo en el núcleo de la Misión dice así: “al revisar nuestras opciones misioneras del Capítulo de 1991 nos ha parecido necesario confirmarlas con nuevo empuje. Por eso, ante la realidad de los pueblos del Sur, integrados al proyecto neoliberal de forma subordinada y excluyente, que cierra las posibilidades de un desarrollo real, marginados de la toma de decisiones sobre sus vidas y destinos, optamos por una inculturación existencial concreta entre los más pobres de esos pueblos”. Y más tarde dice: “la inserción en cada cultura y época es prioritaria y por eso las Provincias van adecuando la vida y misión a cada realidad”. En el análisis de los retos se subraya: el reto misionero nos exige esfuerzo para ir asumiendo la tensión que se da entre la propia identidad cultural y el encuentro con diferentes culturas (n. 3). La Congregación tiene sentido universal e internacional, con diversas etnias y culturas y se puede enriquecer si fortalecemos comunidades internacionales para que sean signos proféticos de la fraternidad universal (n. 4).

El Capítulo General de 2001

En los documentos capitulares se da una especial importancia a las exigencias de la recreación del carisma en el cambio de época que se experimenta en todos los ámbitos al inicio del tercer milenio. Esto supone profundizar nuevamente las líneas nucleares de nuestra identidad misionera: la mística y la profecía. En este sentido se expresa como objetivo general en el bloque de la misión: “recrear el carisma congregacional revitalizando la espiritualidad de la Encarnación, de modo que nuestra vida sea presencia evangelizadora, comprometiéndonos proféticamente en la búsqueda de un mundo más solidario, juntamente con todas aquellas personas que se identifican con los intereses de los más desfavorecidos”. Igualmente en este mismo sentido se indica un objetivo específico: “necesitamos profundizar en la riqueza que encierran las culturas para descubrir sus valores espirituales y buscar caminos para compartir nuestra oración con la gente”. Y más adelante: “asumir el desafío de las nuevas formas de presencia desde la inserción-inculturación junto con la gente, en actitud de acompañamiento, humildad, minoridad, itinerancia y diálogo.”

En relación con la dimensión profética de nuestro compromiso, reiteradamente se insiste en la urgencia del trabajo en red, de la apertura a todos los que asumen compromisos en la perspectiva de nuestro carisma como expresión de la interculturalidad en este cambio de época: vivir la solidaridad con los pobres desde nuestro compromiso comunitario, implicándonos en organizaciones y grupos de defensa de la vida que promueven Derechos Humanos, justicia y paz, y respeto por la creación.

En el año 1992, se elaboró un Plan General de Formación inicial, sistematizando toda la experiencia adquirida en las asambleas realizadas sobre este tema desde 1972 (este plan fue evaluado y revisado en el año 1998 y recientemente actualizado en el año 2004). La formación personalizada es uno de sus ejes centrales del proyecto formativo lo que incluye la realidad cultural, que es fundamento de la identidad personal en un proceso de seguimiento de Jesús y de vivencia del carisma. La adaptación posterior de este Plan de Formación en cada uno de los continentes refleja la importancia dada a la inculturación dentro del proceso vivido a nivel de Congregación. Progresivamente se van consolidando los espacios de participación a partir de la realidad continental, reforzados en la realización de asambleas interprovinciales de estudio y reflexión, cuyos temas son escogidos y preparados por cada una de las comunidades según sus preocupaciones e intereses.

1.- Fragmento tomado de un encuentro de formación de las Misioneras Dominicas del Rosario.